

SÁNCHEZ MUÑOZ, R., *Persona y afectividad. Invitación a la fenomenología de Edith Stein*, Bogotá, Aula de Humanidades, 2020, 188 páginas

Carlos Guillermo Viaña Rubio

Universidad Nacional Mayor de San Marcos
Instituto de Investigaciones Filosóficas "Luis Villoro"
cvianar@unmsm.edu.pe

El libro que presentamos en esta oportunidad, *Persona y afectividad: invitación a la filosofía de Edith Stein*, del profesor mexicano Rubén Sánchez Muñoz, es un estudio riguroso y detallado de los aspectos fundamentales del pensamiento personalista de la filósofa y santa de origen judío. A lo largo de sus seis capítulos, dispuestos con una coherencia orgánica que evidencia el dominio que tiene el autor de cada resquicio de la filosofía steiniana, el texto nos ofrece un recorrido por los distintos pasajes de la obra de Stein, desde *Sobre el problema de la empatía* hasta *Ser finito y ser eterno*, en los que son tratados temas cruciales como la afectividad, los valores, la motivación, el complejo fenómeno de la expresión corporal y las relaciones que establece la persona humana con el otro, la comunidad, el Estado y Dios. Cabe agregar a esto que, salvo los capítulos 1 y 2, que deben ser leídos siempre juntos, los apartados restantes gozan de sobrada autonomía, constituyendo, cada uno, un tratado temático por sí mismo. Otro mérito del autor es haber conseguido colocar en pocas páginas, no solo su análisis de los textos e ideas de la filósofa de Breslau, sino un generoso aparato de notas aclaratorias acerca de varios conceptos difíciles, venidos tanto de la tradición filosófica general como de la escuela fenomenológica a la que Stein no dejó de pertenecer. En muchas de estas notas, Sánchez Muñoz remite al lector a trabajos de distintos estudiosos que profundizan en los puntos que él ha sintetizado magistralmente su libro. Pocas veces se ve tanta fidelidad al ideal steiniano de establecer un diálogo fluido y profundo con las filosofías de todas las épocas.

El libro cuenta, también, con una bibliografía actualizada que, junto con el estilo claro y directo en el que ha sido escrito, cumplen cabalmente con el propósito de una “invitación a la filosofía”. En las siguientes páginas ofrecemos una síntesis capítulo por capítulo de este valioso aporte, esperando que sean tomadas como excusa para consultar, cuanto antes, el libro original. Valga decir que lo escrito no agota de modo alguno ni los temas ni la profundidad con la que son tratados en la obra. Inicia el libro con el *Prólogo* del profesor Urbano Ferrer Santos, destacado especialista en la figura de la santa y filósofa Carmelita, que reconoce la originalidad del trabajo de Rubén Sánchez Muñoz, posicionándolo al nivel de los investigadores más importantes en lengua española. Lo que llama la atención es el énfasis con el que Ferrer Santos se refiere a la unidad del pensamiento steiniano, fundamentado sobre la base de la fenomenología temprana aprendida de Husserl y Reinach, tan bien expuesto en el libro: “lo singular aquí es que este centrarse en la persona se delimite a partir del análisis fenomenológico, aprendido de primera mano de Husserl y Reinach y al que nunca renunció (...) No hay saltos bruscos ni siquiera abandonos de posiciones anteriores en la forja de un pensamiento que asumió hasta el final el lema inicial de la fenomenología de *ir a las cosas mismas*.” (p. 9) El manejo de la estructura del método fenomenológico y su presentación, a lo largo de la obra, como la pieza clave en la forja del pensamiento steiniano, es una de las mayores virtudes del libro que presentamos a continuación.

El primer capítulo, *Persona y afectividad*, quiere mostrar la importancia de la vida afectiva para la constitución de la persona humana. El tema de la afectividad es importante para comprender la empatía y la intersubjetividad, también está muy relacionado con la captación de los valores. A través de las disposiciones de ánimo y los sentimientos espirituales, la persona entra en contacto con el mundo de los valores, y a partir de estas vivencias se auto-constituye y auto-valora, así logra desplegar sus cualidades. Las experiencias afectivas nos ponen en contacto con el mundo de los valores, despiertan nuestra sensibilidad y motivan nuestro crecimiento personal. Las vivencias de sentimiento se vinculan directamente con el núcleo personal que le confiere al sujeto individualidad e identidad. Este es el fundamento ontológico y metafísico de la persona.

Para Stein el mundo de los valores se constituye en los actos de conciencia de sentimiento que motiva una expresión según su sentido. La vida espiritual se apeg a una legalidad racional, la motivación es la legalidad de la vida espiritual.

Gracias a este carácter de legalidad las vivencias se tornan comprensibles, este sentido delimita un dominio de posibilidades de expresión.

En el acto de voluntad se tiene presente a un objeto ante la conciencia como valioso, esto motiva a la conciencia a ir tras él. La esencia del querer es ser motivado por un sentimiento. Solo es razonable querer algo posible, de otra manera ese querer sería irracional. La persona se construye en las vivencias de sentimientos, gracias a los actos afectivos puede tener conciencia de sí misma. Vivenciar los sentimientos le muestra al sujeto que provienen del “fondo de su yo”. El núcleo personal se manifiesta en las vivencias como subyacente a ellas e idéntico portador de propiedades constantes. El concepto de alma sustancial en sentido ontológico y metafísico será el mayor aporte de Stein a la teoría de la persona.

La introducción del elemento anímico permite definir el sentido de la identidad personal. A nuestras experiencias afectivas es correlativo el estrato anímico de nuestra persona. La vida de un ser humano es un proceso acabado de despliegue de su personalidad. La persona humana se constituye a través de la experiencia que tiene de los valores en las vivencias afectivas. La persona es lo que es desde un núcleo íntimo, siempre idéntico, sobre el que se desarrolla la personalidad. La estructura personal delimita un campo de posibilidades de variación que enmarca la libertad personal. El núcleo personal no cambia en el despliegue temporal de la persona, está fuera de la conexión causal. El descubrimiento de estas cualidades del alma se funda en las vivencias afectivas.

Las experiencias afectivas no solo son importantes para el autoconocimiento sino para la autovaloración. Con los valores conocidos en empatía accedemos a valores desconocidos en la propia persona. Los sentimientos a los que podemos acceder a través de la empatía son importantes porque descubren en el otro la capacidad receptiva que tiene para el mundo de los valores. Este dominio axiológico lo podemos aprender sólo en el contacto interpersonal. A través de la experiencia originaria ajena el yo personal se descubre también asumiendo una postura y viviendo una serie de emociones y sentimientos. En palabras del autor, “cada individuo tendría estas notas esenciales o este núcleo personal y esta afectividad desde la cual se abre al mundo y a los otros y desde la cual se relaciona con ellos.” (p.36) Toda persona cuenta con ciertas disposiciones de ánimo o disposiciones afectivas que lo abren al mundo de los valores. El acto de voluntad tiene un objeto querido, pero al poner en marcha la acción del individuo hacia él

deviene en acto creativo. Todo el mundo de la cultura es correlato del espíritu hecho realidad.

Las relaciones intersubjetivas y los vínculos afectivos se entretajan entre los individuos que forman parte de una cultura. Toda manifestación cultural tiene como correlato un centro espiritual que es un modo de llamar a la comunidad creativa. La estructura de la persona es anterior al mundo, pero el desarrollo de sus cualidades depende de las circunstancias mundanas. En un acto social uno se posiciona ante el otro de modo determinado, positivo o negativo. Mi toma de posición frente al otro genera una respuesta en él. A la vez, su reacción tiene un impacto en mí. Este impacto me motiva a la acción. Sánchez Muñoz señala al respecto: “[e]l amor que otro siente por mí puede llenarme de fuerza y motivarme a actuar, realizar cosas que yo mismo no sabía que era capaz de realizar; y al contrario, la desconfianza que el otro me tiene puede paralizarme. Este tipo de sentimientos espirituales consumen una gran cantidad de energía en quienes la experimentan.” (p. 39) Lo que sentimos por una persona se fundamenta en lo que encontramos en ella como tal, la persona misma es un valor positivo negativo. Un valor propio es inherente a todo el ser de la persona.

El objetivo del segundo capítulo, *Núcleo e identidad de la persona*, es exponer los elementos principales del personalismo de Edith Stein. Stein adopta la fenomenología como método en su tesis doctoral en la que se propone investigar la empatía como problema de constitución. El método fenomenológico nos conduce al estudio de la constitución del ser humano como individuo psicofísico, compuesto de cuerpo material y cuerpo vivo, portador de una *psique*, estrechamente ligada al cuerpo vivo, y de un espíritu, instancia que le permite salir de sí y tener acceso al mundo de los valores. El aporte de Stein a la estructura de la persona es la inclusión del concepto de alma, a la que busca distinguir de la *psique*.

Stein define la *psique* como una corriente de conciencia, en ella se da la unidad psicofísica por la que se puede diferenciar a un individuo empírico de otro. Las corrientes de conciencia son diferenciables por su contenido vivencial. La *psique* puede modificarse, y está condicionada al mundo externo, por estar ligada al cuerpo, esto la distingue de la conciencia en sentido espiritual. El alma es una unidad sustancial no expuesta a los influjos causales del mundo externo. En palabras del autor: “[n]osotros preferimos hablar del alma como fundamento ontológico de la persona en la que, ciertamente, se llega a uno de los límites del método fenomenológico.” (p. 52) El alma es individual, indisoluble e innominable,

el pensamiento no puede delatar nada acerca de su pureza y profundidad. Lo que es el alma, en tanto absolutamente individual, es incomunicable. Esta idea no alcanza claridad teórica debido a que la fundamentación de la individualidad del alma no nos es dada en intuición intelectual sino a través de un sentimiento.

En las experiencias afectivas entramos en contacto con los valores, a través de la afectividad descubrimos nuestra personalidad, nos descubrimos a nosotros mismos desde lo profundo del alma. En Stein se identifica al núcleo del alma con el carácter, que es la capacidad de sentir y el impulso con el que ese sentir se transforma en voluntad y acción. El carácter es la apertura al reino de los valores y la manera en la que nos aplicamos a su realización. Captar esencialmente los valores influye en las tomas de posición del yo que experimenta a estos sentimientos. La experiencia de los valores impone una legalidad racional a las acciones. El núcleo del alma es la sede de la vida afectiva. La posibilidad de captar valores implica, para la persona, su capacidad receptiva que corresponde al campo de la afectividad. El alma tiene que ser entendida como una unidad entre vida intelectual, afectividad y cuerpo. El núcleo, tomado como centro de la vida, la integridad del alma, experimenta de una forma más viva y profunda la unión entre alma y cuerpo.

El objetivo del tercer capítulo, *Persona y formación*, es exponer la relación entre las ideas antropológicas y pedagógicas de Stein y su concepto de persona. Una de las tesis fundamentales del personalismo es que cada individuo es un ser único e irremplazable. Al abordar el tema de la constitución de la persona Stein critica el dualismo de corte platónico-cartesiano que insiste en la separación entre *res extensa* y *res pensante* como dos sustancias distintas, esta filosofía está directamente relacionada con las objeciones de Stein contra la psicología de su tiempo. Stein pretende devolver a la psicología el sentido primordial de ciencia del alma, subraya que la formación de la persona debe cultivar y desarrollar las potencias de su alma. La persona es un ser racional y libre, sólo quien se conoce sabe la persona que quiere llegar a ser. Según Sánchez Muñoz, “[e]l autodomínio se fundamenta, en gran medida, en el autoconocimiento. Quien se conoce sabe y puede identificar las cosas que debe hacer o dejar de hacer, dónde se tiene que frenar, reparar o corregir a fin de alcanzar la meta que se persigue.” (pp. 66-67)

Los actos libres fundados en ese autoconocimiento son el primer ámbito de dominio personal. La persona en potencia es la meta que imprime sentido a las acciones de la persona natural. La persona adquiere, de esta manera, un sentido

teleológico. Ningún hombre viene al mundo terminado, siempre se está construyendo y renovando y vive en un constante proceso de transformación, ese despliegue se ve truncado en la muerte por nuestra propia finitud. Estas potencias o capacidades no desarrolladas se hallan en el núcleo de la persona, pueden desarrollarse o quedar atrofiadas según como la persona sea formada. Todos los estratos de la persona, corporales o anímicos, también espirituales, están informados desde este núcleo personal. El desarrollo de la persona consiste en la actualización de las potencias que se encuentran contenidas en el núcleo. A través del autoconocimiento la persona se da cuenta de sus propias capacidades y potencias.

La educación de la persona tiene que centrarse en la formación tomando en cuenta sus capacidades y actitudes sin descuidar la atención al medio en que se forma. La formación no es solo recibir influencia externa sino también la toma de posición que el sujeto asume ante eso, por tanto, es también actividad del propio sujeto en formación, esto se logra solo cuando se despierta a la vida espiritual y se ejerce correctamente la libertad. Para lograr la realización de la persona se requiere que ésta realice un posicionamiento ético, responsable de sí y de los demás. La formación apunta a que seamos lo que debemos de ser. Esto solo se puede conseguir con la autodeterminación personal en el ejercicio de la libertad plena que apunta al horizonte teleológico de la persona. La persona se realiza en la formación del espíritu, el concepto de *Bildung* tiene el sentido de cultivo de sí.

La pedagogía es parte orgánica de una metafísica que se funda de una determinada idea del hombre y del mundo. Así como el individuo tiene la responsabilidad de formarse a sí mismo, la sociedad tiene una responsabilidad con él: proporcionar los materiales y medios necesarios para una adecuada formación, además de asegurarse de que la asimilación de lo aprendido sea lo más provechosa posible. En ese sentido, el maestro debe conocerse a sí mismo y a la persona a la que va a educar, tiene obligación de prestar atención a los dones de su pupilo para formarlo de modo adecuado. Stein destaca el rol de la gracia en la formación del ser humano, piensa que lo que el formador no pueda lograr, puede lograrlo Dios. Nadie puede cambiar la naturaleza de un hombre, solo puede contribuir a que escoja actualizar una u otra de sus potencias. O, dicho por el mismo autor, "Stein recurre a Dios como formador y termina confiando en que aquellos que el formador mismo no pueda lograr con sus propios medios, con sus técnicas o procesos, Dios puede hacerlo a través de la gracia." (p.76)

En Stein se enfatiza la necesidad de entender que para la correcta formación de la persona se requiere tomar en cuenta sus características personales, su entorno y su situación anímica. Una correcta educación no consiste sólo en saberes enciclopédicos, sino, fundamentalmente, en herramientas para el autoco-nocimiento. Se trata de tener conciencia de los propios límites. La labor educativa debe centrarse en desarrollar las potencias y cualidades que el sujeto-personal ya tiene. Por eso es importante la coherencia entre el modelo pedagógico y la metafísica en la que está basado, en consecuencia, tal como señala Sánchez Muñoz, “[l]a idea del ser humano que se asuma determinará la idea que se formule de la pedagogía y de las labores educativas y tendrá necesariamente un impacto social”. (p. 80) Para educar hay que saber qué es el hombre, cómo es y hacia dónde se le debe conducir y cuáles son los medios y los caminos para ello. Stein cree que el *Logos* eterno es la fuente que debe inspirar el modelo antropológico y pedagógico sobre el cual se fundamenta la labor educativa. La educación católica, que asume la acción eucarística como el acto pedagógico más esencial, se ajusta a la persona en todas sus dimensiones.

El cuarto capítulo, *Persona y comunidad*, busca realizar un esquema general del personalismo steiniano centrado en las relaciones entre persona y comunidad. El lugar que ocupa el individuo dentro de la comunidad está relacionado directamente con la vida afectiva. El análisis se basa en los conceptos de comunidad, sociedad y masa. En el análisis que realiza de los tipos de subjetividad, Stein afirma que la existencia de agrupaciones como el Estado, el pueblo y la sociedad, demuestra el aspecto social de la persona. La vida de la persona se da, en todo momento, en relación con otros. Stein considera que el concepto de “tipo” es fundamental para la comprensión de la vida social y comunitaria.

Stein explica la diferencia entre comunidad, como vinculación natural entre los individuos, y sociedad, como vinculación racional, mecánica y artificial. En sociedad una persona se sitúa como sujeto frente a otra vista como objeto, y la trata según un plan que busca obtener de ella una serie de efectos preestablecidos. En la comunidad la relación es de sujeto a sujeto, ambos viven juntos, el sujeto y sus relaciones están determinados por movimientos vitales. Tanto en las relaciones naturales de la comunidad como en las relaciones artificiales de la sociedad es importante que el individuo actúe con la intención de acceder a la interioridad ajena, además de poner los medios para hacer accesible a los otros a su propio interior. No obstante, no es posible convertir al sujeto en objeto sin

haber aceptado previamente que es, en sí, un sujeto. El hombre social utiliza racionalmente todo lo que la vida comunitaria le ofrece. Una masa, en cambio, transcurre de manera uniforme, a sus miembros los une sólo el espacio que comparten, “[l]os individuos que la conforman se estimulan unos a otros, pueden asumir un comportamiento igual, pero no persiguen fines comunes ni mucho menos llegan a tener un intercambio espiritual” (p. 94) porque cada uno está encerrado en sí mismo, sin abrirse a los demás.

A partir de la comunión de vida que se da entre los sujetos comunitarios se constituye una corriente de vivencias supraindividuales. Quienes participan en la vivencia comunitaria experimentan sentimientos comunes, a ciertos acontecimientos le son correlativos ciertos contenidos *noéticos* con un determinado colorido. No se puede hablar de una conciencia comunitaria, pero sí de una corriente de vivencias de la comunidad. El individuo siente y actúa como miembro de la comunidad, la comunidad siente y actúa en él y por medio de él. Para el autor, “[e]l planteamiento de la comunidad como un grupo que mantiene una relación o está unido «desde dentro», no implica necesariamente la cercanía espacio temporal de sus miembros ni supone que estos deban conocerse en persona o coexistir en el tiempo, más bien que el grupo está unido de una manera tal que trasciende la experiencia y unifica a sus integrantes; que, desde el punto de vista de la historia, los miembros de una comunidad se hallan entrelazados por un horizonte histórico común, sean conscientes de ello o no.” (p. 99)

Stein quiere explicar cuáles son los elementos que constituyen una vivencia comunitaria a partir de vivencias individuales. Entablar lazos comunitarios implica una motivación que permite que trascendamos las vivencias individuales y alcancemos a formar una corriente de vivencias común. El carácter individual de una vivencia, su colorido particular, no le quita la posibilidad de ser una vivencia comunitaria. Un ejemplo son las comunidades científicas, en las que los conceptos realizados por un individuo pueden ser compartidos como algo objetivo por toda la comunidad. Entre los sujetos miembros de esta comunidad se genera lo que Stein llama un *habitus* espiritual.

En la comunidad nos dejamos influir y determinar permanentemente los unos por los otros. De esta manera se explica cómo el deseo ajeno se puede convertir en el motivo de mi acción, este deseo ajeno se convierte en mi motivación una vez que entiendo su sentido. Muchas de las cosas en las que creemos dependen de experiencias de otros. Fundamos nuestras intuiciones en la convicción sobre

experiencias ajenas. En algunas unidades de vivencia supraindividuales una pluralidad de sujetos puede ser motivada por una misma meta para llevar a cabo una acción común. Cabe aclarar que para cumplir una meta común los individuos no siempre realizan una misma acción, sino que cooperan realizando diferentes acciones para llegar a la meta propuesta.

La esencia de la comunidad implica una unidad de vida, una energía vital común, y un mundo circundante en común. Los miembros de la comunidad están recíprocamente abiertos los unos a otros, la comunidad es una personalidad de grado superior. Para Stein, la sociedad “no nace como un organismo, sino que recuerda a una máquina, que «se inventa» y se «construye» para un determinado fin y que se va ajustando a él mediante la progresiva mejora lograda modificando sus partes o insertando partes nuevas” (Stein, 2005a, 464), exige a los individuos que la conforman el cumplimiento de una determinada actividad para alcanzar los fines que se propone. De realizar esta función depende la permanencia del individuo en la sociedad ya que, en su lógica, cualquiera puede ser sustituido. La comunidad posee una energía vital común, basada en la suma de la energía de sus elementos individuales, esta energía es transferible, según explica Sánchez Muñoz, “[l]a energía vital común es una cualidad propia de la comunidad. (...) La comunidad se nutre y alimenta sus fuerzas de los individuos que la constituyen” (p. 110), esta energía es transferible, según Stein, “acogiéndolo en sí a nuevos individuos con vigorosa energía, y reclamando más prestaciones a los individuos que pertenecen a ella” (Stein, 2005a, 415). Por lo tanto, la transferencia requiere de la apertura de unos a los otros. La energía puede venir de los propios miembros de la comunidad, de un miembro externo, o incluso de otras comunidades, incluso de comunidades o pueblos del pasado. Este es el horizonte que nos conecta con la historia.

Como parte de la vida social de la persona, cada uno de los individuos miembros de una comunidad encarna un tipo humano. Ese “tipo” encarnado por cada individuo lo diferencia de los miembros de otras comunidades e incluso de los miembros de su propia comunidad. Se habla de rasgos típicos de carácter, modo de ser, actitud y comportamiento, toma de posición, forma de vestir, en suma, cualquier manera de relacionarse con otros y con el entorno. En un individuo personal podemos distinguir dos factores: el primer factor es el factor individual, el valor que esta persona tiene como individuo, lo que lo distingue de los demás. El segundo factor es un factor específico que se refiere a una estructura universal

que la persona puede compartir con otras personas. Comúnmente, un individuo no forma parte sólo de una comunidad sino de varias, no pertenece sólo un grupo social sino a varios, por ese motivo ajusta su comportamiento no a un tipo de estructura general sino a varios tipos que se modifican y pasan de uno a otro dependiendo de la situación en la que se encuentre. Sin la convivencia no podríamos desplegar las potencias que nos constituyen ni alcanzar la plena condición humana.

El capítulo cinco, *Persona, cuerpo y empatía. El fenómeno de la expresión*, trata el fenómeno de la expresión corporal, y su relación con las vivencias afectivas. "La tesis que va a desarrollar (...) es que el alma se vale del cuerpo para expresarse y que el cuerpo es el instrumento del que se vale el espíritu para crear. Que el cuerpo mismo debe ser espiritualizado y formalizado como cuerpo vivo personal." (p. 128)

Entre sentimiento y expresión hay una conexión esencial y no causal. Por eso, a pesar de que podamos reprimir corporalmente la expresión de un sentimiento o emoción, siempre se deja notar un rastro. Los fenómenos de expresión aparecen como afluencia de los sentimientos y manifestación de las propiedades anímicas. Hay una correlación entre las propiedades anímicas, los sentimientos y la expresión corporal. La voluntad se sirve del mecanismo psicofísico para ejercerse, del mismo modo en que el sentimiento lo utiliza para expresarse.

El modo corporal de darse de las personas nos dice cosas sobre ellas como de dónde vienen o cuál es su cultura. El nivel de desarrollo corporal es correlativo a una determinada forma de vivir corporalmente el mundo. Mi propia vida, desde el primer instante en que se inició, es constitutivamente intersubjetiva e intercorpórea. La persona humana se vivencia a sí misma en los sentimientos vitales, ya que, según la propia Stein, son "sentimientos vitales del 'yo'. Son, además, vivenciados sobre el cuerpo, difundidos a través de él, no localizados en ningún lugar (...) sino que lo llenan total y enteramente" (Stein, 2005b, 795). Un sentimiento como el cansancio no solo es un estado interno, sino que se manifiesta corporalmente, se expresa voluntaria o involuntariamente.

El mundo percibido y el mundo empatizado es el mismo visto desde diferentes ángulos. El mundo que aparece se representa distinto dependiendo de la posición y de la condición de cada observador, pero permanece siempre el mismo, existiendo independientemente de la conciencia. Es en ese sentido que la empatía "deviene como fundamento de la experiencia intersubjetiva del mundo" (p. 132).

Stein recurre a la empatía para explicar la esencia de la comunidad. La comunidad está unida por una corriente de vivencias común a todos sus miembros, que les permite tejer lazos de solidaridad y apertura mutua. “Nosotros” es el sujeto que constituye la comunidad. Hay un grupo de sentimientos que sólo se hacen posibles en contacto con otra persona como, por ejemplo, el amor, la gratitud, el rencor, etc. Son sentimientos que tienen por objeto a otras personas.

La vida del alma no puede ser expresada en su totalidad ni de manera adecuada por el cuerpo vivo. A las cualidades permanentes les corresponden formas fijas del cuerpo y una tipicidad en sus movimientos y cambios. El núcleo impone unos límites a la capacidad de cambio. El núcleo personal “[e]s una cosa determinada en sí, y caracteriza cada acto que brota de él como vivencia precisamente de esta persona y de ninguna otra. Pero marca también su sello sobre el ámbito de objetos que el núcleo desvela a la persona: el mundo de los valores”. (Stein, 2005b, 810) La peculiaridad del alma se nota mejor a partir de ciertos estados de ánimo fundamentales. El alma se sirve del cuerpo para expresarse en todos los sentidos y niveles de la vida.

El sexto y último capítulo, *Tiempo, persona y Dios*, habla de la imagen dinámica de la persona y de la importancia del tiempo en la filosofía de Edith Stein. Explora las relaciones entre el núcleo de la persona, sus disposiciones originarias y el tiempo. El objetivo es explorar el sentido de que el núcleo de la persona sea inmutable. Otro problema es el de la finitud y su relación con el ser puro que rebasa la experiencia originaria del tiempo.

El flujo temporal es fundamental para que la persona llegue a ser quien debe ser. La persona es la misma desde su nacimiento hasta su muerte por el núcleo que la constituye. El devenir temporal no cambia lo que es la persona. En Stein, la persona no es una mera facticidad, no es producto del azar ni de alguna contingencia. La persona deviene temporalmente actualizando unas cualidades que ya poseía, estas son aquello de lo que el alma está permanentemente llena, que no le llegan desde su interior, sino que brotan de ella. La imagen dinámica de la persona nos revela su naturaleza temporal histórica. Sin embargo, la esfera interior está sustraída a todos los influjos temporales, es inaccesible a toda influencia externa. Para que una capacidad psíquica pueda desarrollarse o para que una disposición pueda desplegarse, esta debe existir en la estructura de la persona, estar contenida en el alma y que se susciten ciertas circunstancias externas. La individualidad humana encuentra su raíz en el núcleo personal, en el que

fundamenta su acceso a los valores y su carácter. A partir de esto el alma confiere su colorido a los correspondientes actos espirituales. El ánimo o *Gemüt* reúne todo lo emocional que hay en la persona. Es el lugar en que el ser humano congrega y elabora todo lo que recibe del mundo de los valores. Me siento a mí mismo desde dentro y me encuentro en un estado de ánimo, “[e]n este sentir se da, en consecuencia, una autovaloración de la persona que la dispone emotivamente.” (p. 161)

Es en el tiempo donde se realiza todo el desarrollo y despliegue de la persona. Sin embargo, Stein afirma que la persona misma “no está *en* la temporalidad (*Zeitlichkeit*), en donde se realiza el desarrollo sino que opera en este tiempo de modo que lo que se configura en ella tiene duración aquí”. (p. 163, n. 36) Como ser finito, la persona humana tiene un principio en el tiempo sin que ella misma sea temporal. El alma humana como núcleo espiritual puro no es mortal, “Stein reconoce que hay una vocación de unión del alma con Dios y que esta vocación es una vocación para la vida eterna.” (p. 164) Esto prueba que “el ser finito encuentra su sostén y fundamento en el ser eterno”, que el tiempo “está en la eternidad y nunca termina en ella”, que lo que está en el tiempo “está con ello en eternidad, pero es de manera diferente en la eternidad que en el tiempo”. (Stein, 2002, 381)

El tiempo puntiforme real abarca, dentro de nuestra vida, sólo un punto de contacto existencial. Existir consiste en este instante temporal y ontológico, la dificultad de ser finito está en estar siempre expuesto a la posibilidad del no ser. El propio ser no es separable de la temporalidad. El ser puntiforme es el ser actual, presente, algo entre lo que ya no es y lo que todavía no es y que “nos revela la *idea del ser puro* que no contiene no-ser, para el que no existe ningún *ya no es* y ningún *aún no es*; no es temporal sino eterno” (Stein, 2007, 54), es la medida del ser finito, vivo en cada ahora. El ser puro y verdadero es norma de nuestro ser, se puede experimentar en un análisis racional retrospectivo de nuestro ser finito. Stein conecta el tema de Dios con la persona humana desde la vía de la interioridad, del núcleo del alma y la afectividad. Para Stein el alma es morada de Dios. Al afirmar esto reconoce que el alma tiene una vocación natural a la vida eterna. En la apertura de la persona hacia su interior el alma se abre libremente a una unión interpersonal con Dios. En la interioridad se encuentra la sede de la vida efectiva porque es en el interior donde la persona siente cómo se encuentra y cuál es el estado de su alma.

Finalizada la exposición de los capítulos, resta reiterar nuestra recomendación a trajar personalmente las páginas de este nuevo y fundamental aporte a los estudios steinianos en lengua castellana. Deseamos que su lectura motive a los entusiastas de la filósofa carmelita a realizar nuevas investigaciones que pongan en vitrina el pensamiento de una intelectual comprometida con la Verdad hasta el martirio, de plena actualidad para estos momentos de crisis de la humanidad.

BIBLIOGRAFÍA

- SÁNCHEZ MUÑOZ, Rubén (2020), *Persona y afectividad. Invitación a la fenomenología de Edith Stein*. Bogotá, Aula de Humanidades.
- STEIN, Edith (2005a), *Individuo y comunidad*. En *Obras completas II. Escritos filosóficos. Etapa fenomenológica*. Victoria/Madrid/Burgos: El Carmen/Espiritualidad/Monte Carmelo.
- , (2005b), *Introducción a la filosofía*, en *Obras completas II. Escritos filosóficos. Etapa fenomenológica*, Victoria/Madrid/Burgos: El Carmen/Espiritualidad/Monte Carmelo.
- , (2002), *Acto y Potencia*, en *Obras completas III. Escritos filosóficos. Etapa de pensamiento cristiano*, Victoria/Madrid/Burgos: El Carmen/Espiritualidad/Monte Carmelo.
- , (2007), *Ser finito y ser eterno. Ensayo de una ascensión al sentido del ser*, en *Obras completas III. Escritos filosóficos. Etapa de pensamiento cristiano*, Victoria/Madrid/Burgos: El Carmen/Espiritualidad/Monte Carmelo.

